

## Allí donde la calle fue trinchera y tribunal: confluencia y retroalimentación entre clase trabajadora e izquierda chilena, 1950-1960

## Where the Street Was Trench and Court: Confluence and Feedback Between the Working Class and the Chilean Left, 1950-1960

## Onde a rua era trincheira e tribunal: confluência e retroalimentação entre a classe trabalhadora e a esquerda chilena, 1950-1960

Viviana Bravo Vargas,  
Universidad Alberto Hurtado  
Santiago, Chile  
vivianabravo@gmail.com  
 [0000-0002-2546-8780](https://orcid.org/0000-0002-2546-8780)

Recibido: 12 de octubre de 2025  
Aceptado: 13 de noviembre de 2025

**Artículo Científico.** Financiamiento: Este artículo es parte del Proyecto Fondecyt-ANID N° 1241413. Agradezco la colaboración para esta investigación de Francisco Sáez.

**Cómo citar:** Bravo Vargas, V. (2025). Allí donde la calle fue trinchera y tribunal: confluencia y retroalimentación entre clase trabajadora e izquierda chilena, 1950-1960. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 29, n° 2, 2025, pp. 142-183. DOI: <https://doi.org/10.35588/jwzacb26>



**Resumen:** Este artículo sostiene como hipótesis principal que el proceso de democratización chilena y la construcción de la vía chilena al socialismo se gestó en las calles, mediante la articulación entre luchas reivindicativas y políticas que unieron el conflicto laboral con la acción partidaria. La clase trabajadora, organizada y politizada, fue un actor clave en este proceso, fortaleciendo el proyecto de la izquierda más allá de sus diferencias internas. En función de este planteamiento se analizan tres formas de movilización popular —paros nacionales, marchas por las libertades públicas y protestas contra las alzas y por reajustes dignos— entendidas como expresiones de una cultura política clasista en expansión, durante las décadas de 1950 y 1960. La investigación se nutre de fuentes del Archivo Nacional de la Administración, documentación sindical y partidaria, debates parlamentarios y prensa de la época.

**Palabras clave:** paro nacional, clase trabajadora, izquierda chilena, democratización, desarrollismo.

**Abstract:** This article's main hypothesis is that Chile's democratization process and the construction of the Chilean road to socialism were forged in the streets, through the articulation of social and political struggles that linked labor conflict with party action. The organized and politicized working class was a key actor in this process, strengthening the left's project beyond its internal differences. Based on this premise, the article analyzes three forms of popular mobilization—national strikes, marches for civil liberties, and protests against price hikes and for fair wage adjustments—understood as expressions of an expanding class-based political culture during the 1950s and 1960s. The research draws on sources from the National Administrative Archive, union and party documents, parliamentary debates, and the press of the period.

**Keywords:** National Strike, working class, left, democratization, development.

**Resumo:** A hipótese central deste artigo é que o processo de democratização chilena e a construção da via chilena ao socialismo foram gestados nas ruas, por meio da articulação entre lutas reivindicatórias e políticas que vincularam o conflito trabalhista à ação partidária. A classe trabalhadora, organizada e politizada, foi um ator fundamental nesse processo, fortalecendo o projeto da esquerda para além de suas diferenças internas. A partir desse argumento, analisam-se três formas de mobilização popular — greves nacionais, marchas pelas liberdades públicas e protestos contra aumentos de preços e por reajustes dignos — entendidas como expressões de uma cultura política classista em expansão durante as décadas de 1950 e 1960. A pesquisa baseia-se em fontes do Arquivo Nacional da Adminis-

tração, documentação sindical e partidária, debates parlamentares e imprensa da época.

**Palavras-chave:** greve nacional, classe trabalhadora, esquerda chilena, democratização, desenvolvimento.

## Introducción

La trayectoria de los trabajadores y la clase trabajadora organizada estuvo íntimamente relacionada al recorrido de la izquierda chilena en función de mejorar sus condiciones de trabajo y vida en el marco del desarrollo del capitalismo. Un sector importante de trabajadores organizados de las minas, ciudades, puertos y campos encarnaban no solo el ideario, sino la experiencia y el horizonte de la izquierda. La clase trabajadora organizada era el *sujeto* que conformaba la base social de la izquierda y la izquierda era el *sentido*, la bandera, el horizonte y el marco identitario e ideológico de los trabajadores. Ambos experimentaron tiempos esperanzadores y algunos no tanto, o definitivamente aciagos, en que fueron forjando ese “nosotros” y una cultura política fuertemente arraigada en el movimiento popular (Navarro, 2022).

Diversos trabajos han reconstruido parte importante de los diferentes espacios productivos, trayectorias y dinámicas colectivas en que confluyeron sus derroteros. En general, el análisis se ha concentrado en los albores del movimiento sindical y las grandes huelgas salitreras, en el significativo papel de los liderazgos, en la historia y los esfuerzos por construir partidos políticos de raigambre marxista y su vocación por organizar a las grandes mayorías, o en el movimiento anarquista y su potencia movilizadora de principios del siglo XX. Las experiencias comunes permiten reconstruir vastos territorios, de tiempos cotidianos y extraordinarios, en que ideología y praxis confluyeron y se retroalimentaron<sup>1</sup>.

La izquierda organizada, y en específico su expresión comunista y socialista, le entregó una dirección política a una fuerza activa

---

1 Por ejemplo, ver: (Angell, 1974; Artaza, 2019 y 2023; Acevedo, 2021 y 2017; Barnard, 2017; Grez, 2011; Jobet, 1987; Massardo, 2008; Navarro, 2023; Pinto y Valdivia, 2021. Sobre el movimiento anarquista, entre otros, ver: Grez, 2007; Godoy, 2023)

que estaba lejos de ser homogénea (Ponce, 2024; Muñoz, 2024; Pozo, 2013; Delgado, 2023). Está ampliamente documentado que aportó con la definición de objetivos de carácter nacional y horizontes políticos globales, y con liderazgos, formación, vinculación y recursos capaces de impulsar y sostener los procesos de lucha y construcción de identidades políticas. La “doble militancia” o vinculación con partidos y horizontes de izquierda fue la característica más definida del movimiento obrero chileno durante el siglo xx, que sobresalía por su alto grado de politización. Como apuntaba Alan Angell (1974) en sus estudios, “dadas las diferencias entre los sectores de cuello blanco y los de overol, entre los sectores estatal y privado, entre las fábricas pequeñas y grandes, entre las industrias tradicionales y modernas, la uniformidad de la politización es sorprendente” (pp. 239-240).

Ahora bien, si un importante núcleo interpretativo ha despejado el papel que aportaron las corrientes de izquierda en la politización de la clase trabajadora, en menor cuantía se ha insistido en el “viceversa”, es decir, el papel que la clase trabajadora organizada y politizada cumplió para fortalecer el camino de la izquierda, más allá de las particularidades partidarias. Queda mucho por investigar y discutir, pero aquí nos interesa exponer algunos momentos y dinámicas que consideramos clave dentro de este proceso entre las décadas de 1950 y 1960, que grafican la *confluencia y retroalimentación* entre el conflicto laboral y la lucha política.

Se trata de décadas que ofrecen una particular densidad explicativa para comprender las transformaciones estructurales y subjetivas que experimentó la sociedad chilena y que abonaron al recorrido histórico de la llamada vía chilena al socialismo. Son años de intensa actividad reivindicativa dentro de las ciudades, que sufrían fuertes procesos de urbanización y crecimiento poblacional. Durante este tiempo, la clase trabajadora debió idear estrategias de movilización para preservar conquistas que estaban lejos de estar consolidadas y hacer frente a las problemáticas abiertas e imperantes, como las repercusiones del crecimiento inflacionario y el consabido deterioro de los salarios y el encarecimiento de la vida. También hubo de enfrentar las disposiciones de leyes represivas, como la Ley de Defensa Permanente de la Democracia (LDPD), promulgada en

septiembre de 1948 por Gabriel González Videla y que pasó a la historia como la Ley Maldita, dispositivo jurídico que articulaba la antigua Ley de Seguridad del Estado de 1937 con las nuevas disposiciones anticomunistas (Bravo y Loyola, 2022; Huneeus, 2009; Martínez, 2019; Rojas Flores, 2022; Valdivia, 2021).

A partir de esto, sostendemos que la democratización que emprendió la sociedad chilena y la construcción de la vía chilena al socialismo encabezada por la izquierda se configuró en las calles, a través de la simbiosis de las luchas reivindicativas y políticas, planteando demandas de alcance coyuntural, particular y global a través de un discurso totalizante del orden social a construir. Orgánicas de clase como la Central Única de Trabajadores (cut) cumplieron un papel decisivo en ese proceso, concretando aspiraciones unitarias, convocando, movilizando y potenciando la socialización de demandas y aspiraciones compartidas más allá de los espacios laborales, favoreciendo la confluencia de la lucha laboral y política, característica del movimiento popular chileno.

Durante esos años, la movilización social tuvo una clara orientación ideológica clasista, contó con una fuerte presencia de la clase trabajadora en las calles del país y se expresó a través de diversas formas de lucha, repertorios que corrían paralelos al aumento de la participación electoral y el fortalecimiento del sistema de partidos. Concentraciones masivas, conmemoraciones del 1° de mayo, huelgas legales e ilegales, paros nacionales, demandas por reajustes dignos, marchas contra las alzas y en favor de las libertades públicas, se escuchaban cotidianamente en plazas, calles y teatros. Estas demostraciones fueron ocupando y apropiándose de espacios urbanos que masificaron la política y contribuyeron a conformar un proceso de democratización social y de ascenso del movimiento popular. (Barrera, 1971; Bravo, 2022a, 2022b, 2021 y 2020; Milos, 2007; Thielemann, 2023, 2018 y 2017; Vallejos, 2022).

Aún más, si los partidos populares que se definían como *obreros* al despuntar la década de 1950 estaban divididos, jalonados entre las diversas corrientes en pugna dentro del socialismo chileno y las tensiones de parte de sus expresiones con un Partido Comunista en clandestinidad, la clase trabajadora organizada a través de la cut favoreció instancias unitarias, tanto en términos de alianzas polí-



ticas como de confrontación y lucha social; proveyó de liderazgos locales y nacionales al campo popular; constituyó una fuerza electoral que permitió el crecimiento de la izquierda y jugó un papel fundamental en la radicalización general del electorado perteneciente a su área de influencia (Pizarro, 1986).

En este sentido, coincidimos con Joaquín Fernández (2015) cuando señala que, en la mitad de aquella década, “los sindicatos socialistas y comunistas comenzaron a realizar con cada vez mayor frecuencia acciones comunes contra un gobierno que había reforzado la represión al movimiento obrero, en aras de implementar una política antiinflacionaria que apuntaba a controlar las demandas sociales” (p. 6). Es importante destacar, claro está, que no toda la clase trabajadora estaba sindicalizada o militaba formalmente, y que gran parte de ella se sumaba a las convocatorias a través de distintas formas de lucha, lo que generaba repercusiones urbanas de diverso calibre.

De esta manera, nos concentraremos en analizar tres tipos de movilizaciones de protesta que consideramos protagónicas del período y que demostraron la legitimidad y fuerza de la clase obrera organizada a la hora de liderar la lucha social. Nos referimos a los Paros nacionales; marchas y concentraciones en favor de las libertades públicas y las protestas convocadas por los Comandos en contra de las alzas y por los reajustes. Para desarrollar estos objetivos, nos apoyaremos en documentación alojada principalmente en el fondo del Ministerio del Interior del ARNAD, documentos orgánicos de la CUT, del Frente de Acción Popular (FRAP) y de la Unidad Popular (UP), discusiones parlamentarias, boletines obreros y un amplio arco de prensa periódica.

El *paro nacional*, convocado por la CUT, se consolidó al despuntar los años cincuenta como una acción que logró sacar el conflicto de las particularidades de cada fábrica o espacio productivo para articular en mayor escala al movimiento popular. Esta forma de protesta demostró el peso histórico y la legitimidad que poseía la clase trabajadora chilena a la hora de convocar a la movilización más allá de sus bases más activas. Los paros nacionales estuvieron vinculados a la plataforma de la izquierda en tres dimensiones concretas: la lucha contra las alzas y por reajustes dignos, en favor

de las libertades públicas y como respuesta solidaria ante agravios o luchas compartidas.

A su convocatoria se plegaban los partidos políticos populares, las organizaciones estudiantiles, como la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), los secundarios, los estudiantes industriales, organizaciones de mujeres, como el Comité Nacional Femenino de Unidad, y comandos poblacionales. Usuales –ante la convocatoria centralizada– eran los mítines de agitación y propaganda en la periferia y los barrios de trabajadores, con actividades preparatorias las semanas anteriores, pero también con manifestaciones de pobladores durante el transcurso del propio paro.

También se desarrollaron iniciativas multiorgánicas como los *Comandos en favor de las libertades públicas*, que activaron la demanda por la democratización del país y la lucha contra leyes represivas y los *Comandos contra las alzas* y las movilizaciones frente a la carestía y por remuneraciones dignas, en un contexto de fuerte inflación. Movilizaciones que estaban integradas a un discurso político en torno a demandas estructurales compartidas por el movimiento popular chileno, como la necesidad de la nacionalización de los recursos naturales o el fin del tutelaje norteamericano.

Esto permitía la socialización y la confluencia entre la izquierda y la clase trabajadora en la ocupación del espacio público, *ganando las calles*, demostrando convicción y fuerza numérica y abonando a esa creciente conciencia subjetiva que demandaba transformaciones de mayor alcance y relevaba el papel de las y los trabajadores como protagonistas de la movilización política durante el período. De esta manera, se fue consolidando la politización y el encadenamiento de movilizaciones que ocurren en las calles y los barrios populares, con la influencia de liderazgos visibles a nivel local y nacional y la participación en diversas instancias de lucha social.



## La Central Única de Trabajadores (CUT): del 1° de mayo al paro nacional

En tiempos de fragmentación política de la izquierda, la clase trabajadora organizada construyó una orgánica que se propuso preservar la unidad más allá de las disputas coyunturales o las formas y los fondos de la estrategia. Esa expresión se materializó en la conformación de la Central Única de Trabajadores (cut) en 1953, integrada por federaciones y confederaciones de trabajadores públicos y privados de importante tradición organizativa, como la Junta Nacional de Empleados de Chile (junech), la Asociación Nacional de Empleados Fiscales (anef), la Confederación de Empleados Particulares (cepch) y la Asociación de Empleados Semifiscales (anes), además de federaciones como la del Cobre, Ferroviaria, Construcción, Metalúrgica, Textil y Panificadores (Barría, 1971; Barrera, 1971; Samaniego, 2016; Orellana, 2018; Witker, 1984).

Si bien en su seno confluyeron distintas corrientes políticas, como radicales, anarquistas o falangistas, en términos ideológicos se impuso la presencia hegemónica de dirigentes comunistas y socialistas. No obstante, la mayoría de los delegados en su congreso fundacional estuvo de acuerdo en que se requería un liderazgo que supiera mediar y anteponer los intereses unitarios de la clase trabajadora por sobre las disputas partidarias. Así, en su presidencia y durante diez años destacó el liderazgo de Clotario Blest, que si bien se definía como un cristiano de izquierda, declaraba no tener militancia y velar por la autonomía de los trabajadores.

Ya en las resoluciones del Congreso Constituyente de la cut se expresó claramente el triunfo ideológico de la izquierda marxista y la posición de clase que primaba entre los trabajadores. En su Declaración de principios se señalaba:

El régimen capitalista actual, fundado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos y medios de producción y en la explotación del hombre por el hombre, que dividen a la sociedad en clases antagónicas de explotados y explotadores, debe ser sustituido por un régimen económico social que liquide la propiedad privada hasta llegar a la sociedad sin clases, en la que

se aseguraran al hombre y a la humanidad su pleno desarrollo.  
(CUT, 1953, p.3)

En definitiva, la cut se reconocía ubicada en una relación en que el conflicto era constitutivo de la política y el poder y donde la lucha se establecía como el camino necesario para los cambios y el avance de la clase trabajadora. Ello se fundaba en la convicción del poder de los trabajadores actuando juntos y unidos, por ello también era imperativo anteponer sus intereses a las militancias:

La Central Única de Trabajadores tiene como finalidad primordial la organización de todos los trabajadores de la ciudad y del campo, sin distinción de credos políticos o religiosos, de nacionalidad, color, sexo o edad para la lucha contra la explotación del hombre por el hombre, hasta llegar al socialismo integral".  
(CUT, 1953, p.4)

La plataforma de lucha impulsó reivindicaciones laborales y políticas, se movilizó contra la carestía de la vida, el problema de vivienda, las leyes represivas y, a nivel estructural, demandó cuestiones imperativas como la reforma agraria y la nacionalización de los recursos naturales. También dio apoyo resuelto a las luchas internacionales, respaldó al gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala y condenó el golpe de Estado en su contra, se sensibilizó por las luchas revolucionarias de Cuba y Vietnam, y reclamó permanentemente el establecimiento de relaciones y comercio con los países socialistas. Si pudiese resumirse su posición, se trataba de tres principios compartidos por la izquierda: una postura anticapitalista, antioligárquica y antiimperialista. (OCEPLAN a y b; Programa Básico de gobierno de la Unidad popular).<sup>2</sup> La cut nació en un momento en que una probable alianza política entre los dos grandes partidos obreros parecía lejana y sin proponérselo explícitamente sirvió de base para la unidad de la izquierda. Si los parlamentarios de uno y otro partido se enfrentaban en el parlamento y en la prensa partidaria era usual encontrar insultos y desacuerdos, los obreros sindicalizados y sus dirigentes, más allá de sus militancias, polémicas y

2 También está presente en los Congresos de la CUT, por ejemplo, ver: (CUT, IV Congreso Nacional. Declaración de Principios, 1966; CUT, Resoluciones del V Congreso Nacional Ordinario, 1969)

acaloradas discusiones internas, se esforzaban por colaborar dentro de la central (Angell, 1974, p. 155). Y es que las lecciones habían sido duras y bastante había costado lograr la rearticulación. Más allá de las responsabilidades de cada quién, estaba fresco el recuerdo de las disputas entre el Partido Comunista (pc) y el Partido Socialista (ps) después de la matanza de la plaza Bulnes en el verano de 1946, que había terminado con el quiebre de la Confederación de Trabajadores de Chile (ctch) (Bravo, 2017; Muñoz, 2024; Pozo, 2013). Desde entonces, los empeños por tener una central fuerte ante la patronal y el Estado, unida e independiente de todo tutelaje partidista, fue la tónica. Existía consenso en que solo la unidad demostraría el poderío de la clase trabajadora y la capacidad para enfrentar los conflictos y luchas propios de una sociedad dividida en clases antagónicas. Y aunque su trayectoria estuvo muy lejos de la plácida existencia, lograron sortear fuertes desacuerdos, resquemores y momentos críticos hasta el golpe de Estado de 1973.

Pero una cosa es tener una central única y otra que, efectivamente logre cumplir con el papel de vanguardia propuesto, con la capacidad de definir objetivos y de organizar la lucha a corto y mediano plazo. En ese sentido, el discurso de clase y la estrecha vinculación con los partidos de izquierda fue fundamental, dentro de una relación sedimentada por el recorrido histórico precedente y la capacidad concreta de llegar a los diversos espacios en que se desplegaba el movimiento popular.

Si bien la coyuntura en que surgió le permitió gozar de cierta tranquilidad, tempranamente la cut puso a prueba su legitimidad al convocar a su primer paro nacional en mayo de 1954. Carlos Ibáñez del Campo, “el General de la esperanza”, apoyado inicialmente por el Partido Socialista Popular, prometía terminar con la corrupción, impulsar medidas en beneficio de los trabajadores y el fin de las leyes represivas. Ibáñez fue invitado, junto a su cartera de ministros, a la primera concentración pública de la cut, realizada en marzo de 1953. Su asistencia significaba que, aunque la legislación no reconocía legalmente a la central de trabajadores, el gobierno lo hacía *de hecho*. Pero la camaradería duró poco o casi nada. El anticomunismo y el autoritarismo represivo con los que respondió Ibáñez al conflicto laboral y social marcarían su período presidencial. Esto

quedó demostrado con la recurrente utilización de la ldpd, además de otros dispositivos ejercidos para pacificar el descontento (Álvarez, 2020; Faúndez, 1992; Huneeus, 2009; Martínez, 2019; Moulián, 2006).<sup>3</sup>

Fue en la conmemoración del 1° de mayo de 1953 cuando se expusieron abierta y públicamente las tensiones presentes en un año que comenzó con agitación y conflicto laboral, con huelgas en el carbón y otros sectores productivos. La negativa a la solicitud de la cut para realizar el acto en plaza Bulnes frente a La Moneda fue rotunda. No era algo menor, la última vez que las familias trabajadoras habían desfilado por ese espacio neurálgico de la vida política chilena había sido en mayo de 1947, poco antes de la discusión y la promulgación de la Ley Maldita. Desde entonces, habían tenido que conformarse con reunirse en plaza Artesanos o plaza Ercilla (Bravo, 2022b). El derecho a volver a ocupar esas calles era una larga demanda que esperaban saldar con esta nueva gestión y que recién lograron concretar en 1958.

Sobre la tensión que desde entonces marcaría la tónica de la relación de Ibáñez del Campo con los trabajadores dan cuenta los discursos en plaza Artesanos. El diario *El Mercurio* se encargó de registrar los acuerdos ratificados en la concentración y que eran parte de la plataforma de lucha que escucharemos durante el período:

---

3 Numerosas fuentes dan cuenta de medidas de censura y persecución política, por ejemplo, previo a la conmemoración del 1° de mayo de 1953 el diario *El Siglo* fue censurado y clausurado durante 10 días, además fue detenido su director (*El Mercurio* 30/04/1953, p.21). En 1954, acusó de subversión a Salvador Allende por su discurso en el teatro Caupolicán congregado el 12 de marzo por el Frente del Pueblo “contra las políticas alzistas y la utilización de las leyes represivas” e intentó infructuosamente su desafuero parlamentario (*Las Noticias de Última Hora*, 22/03/1954; 6; *El Mercurio*, 25/03/1954, 17; *Ercilla*, 30/03/1954). Desde septiembre de 1955 hasta febrero de 1956 fue decretado el Estado de sitio (Decreto N°4255, 26 de septiembre de 1955) por el que fueron cursadas diversas detenciones y relegaciones. Además, diversos documentos del Fondo Ministerio del Interior, conservados en el ARNAD, muestran numerosas cartas enviadas por el ministro a las Cortes de Apelaciones de Valparaíso, Talca, Concepción e Iquique, en las que ordenaba formalizar las acusaciones contra “trabajadores sublevados”, en aplicación de la LDPD. Por ejemplo: “A la Corte de Apelaciones de Concepción”, 03 de abril de 1954; “A la Corte de Apelaciones en Valparaíso”, 03 de abril de 1954; “Al Intendente de Iquique”, 05 de abril de 1954 y “A la Corte de Apelaciones de Talca”, 05 de abril de 1954, Correspondencia, vol. 15625, 1085, 1130, 1143 y 1147, respectivamente.

Los trabajadores reafirman su unidad con motivo de la actitud provocativa de patrones y del Gobierno; luchar por la inmediata solución de los conflictos pendientes; luchar por el respeto a organizaciones sindicales y dirigentes e impedir el lanzamiento de campesinos y la exoneración de empleados: indemnización por años de servicios, salario mínimo y otros beneficios para obreros; luchar contra el alza del costo de la vida, la especulación, monopolios y latifundios y pedir la expropiación de riquezas nacionales y derogación de la Ley de Defensa de la Democracia. (*El Mercurio*, 02/05/1953, p. 1)

En el transcurso de un año, la disposición autoritaria del gobierno para responder al conflicto social se agudizó. Un ejemplo de ello fue la circular enviada el 22 de febrero de 1954 por el ministro del Interior, Osvaldo Koch, a intendentes y gobernadores, donde manifestaba su antagonismo hacia “entidades u organizaciones que carecen de existencia legal”. Resguardándose en el Art. 3 de la Constitución, Koch llamó a considerar “sedición” a cualquier intento de asumir la representación del pueblo por fuera de la ley. Así, la CUT fue desestimada como interlocutora, pues “sus personeros carecen de toda autoridad legal para constituirse en mentores y mucho menos en árbitros en la solución de conflictos que deben dirimirse, únicamente, entre las partes legítimamente interesadas y la Autoridad pública” (Circular enviada a los señores Intendentes y Gobernadores de la República”, ARNAD, FMINT, vol. 15604, N°12, fs. 1-3. 12/02/1954)

De estas tensiones dio cuenta la marcha y la concentración del 1° de mayo de 1954, con asistentes que se habían multiplicado y un despliegue urbano que también indicaba mayores grados de organización. En el acto central, el tenor de los oradores fue bastante crítico con el gobierno e incluso le costaría la cárcel al presidente de la cut: “Hombres que en su campaña electoral prometieron un paraíso no han hecho otra cosa que transformarlo en un infierno” (*El Diario Ilustrado*, 02/05/1954, p. 10), fueron parte de las frases de Clotario Blest vitoreadas por la multitud. Este fue acusado de injuriar al jefe de Estado e infringir la ldpd y la cut denunciada por el ministro del Interior, el contraalmirante Jorge Araos, como una institución ilegal

que provocaba dificultades al desenvolvimiento normal de las actividades económicas del país. Ese sería el tenor del período: cárcel, interrogatorios, relegaciones, allanamientos, clausura de prensa, así como el insistir en la ilegalidad de la cut, cuestión que pretendía quitarle legitimidad y abría la posibilidad de establecer sanciones.

Como respuesta inmediata, la Central convocó a un paro nacional para el 17 de mayo. Ibáñez intentó suspenderlo infructuosamente, a su estilo, por un lado, liberando a Clotario Blest unos días antes y, por otro, amenazando con despidos a empleados fiscales, con detenciones y el uso de la fuerza pública. Pero fue inútil<sup>4</sup>. Desde entonces la cut se posicionó como el principal opositor político y social del gobierno de Ibáñez y su opinión y liderazgo concentró la atención de la vida política chilena. Su postura ante el acontecer nacional fue rebatida o replicada en acaloradas discusiones, que alinearon a sus adherentes y retractores en el Congreso. También, desde entonces, tanto para Ibáñez del Campo como para las administraciones de Jorge Alessandri y Eduardo Frei, la amenaza de un paro nacional permaneció siempre latente.

Bien lo ha sintetizado Crisóstomo Pizarro al caracterizar esta etapa, marcada por el desarrollo del *sindicalismo politizado anties-tatal*. Ese tiempo estuvo marcado, señala este autor, por la emergencia de los paros nacionales, la incapacidad del sistema jurídico para controlar el conflicto obrero, un crecimiento exponencial de las huelgas consideradas ilegales y el cada vez más notorio sentido político de la lucha de los trabajadores (Pizarro, 1986, p. 151). A estas características agregamos la presencia cada vez más marcada y masiva de la clase trabajadora en las movilizaciones del período y, por lo tanto, ocupando, defendiendo y construyendo el espacio público. Esta tribuna fue utilizada por los partidos políticos popula-

4 Sobre el éxito del paro nacional de 1954, los balances varían, periódicos como *El Mercurio*, *El Diario Ilustrado*, *La Segunda* y *Las Últimas Noticias* lo consideraron parcial, señalando que la mayoría de los trenes en las redes central y norte operaron con normalidad, al igual que la locomoción urbana y las oficinas de funcionarios estatales (*El Mercurio*, 18/05/1954, 1; *Las Últimas Noticias*, 17/05/1954, 16; *El Diario Ilustrado*, 18/05/1954, 1 y 4.). En cambio, medios mayoritariamente cercanos a los obreros, como *Las Noticias de Última Hora*, *El Siglo*, *Las Noticias Gráficas* y el boletín obrero *El Riel*, afirmaban que el paro comprometió al 90% de las actividades, con la participación de cerca de 500 mil trabajadores. *Las Noticias de Última Hora*, 17/05/1954, 16; *Las Noticias Gráficas*, 18/05/1954, 8-9; *El Siglo*, 18/05/1954, 1; *El Riel*, junio de 1954, 1.



res para ratificar su liderazgo, movilizarse en las calles y construir derroteros compartidos.

El segundo paro nacional de julio de 1955 convocado por la cut vino a demostrar la capacidad de agrupar objetivos de tipo económico, sindical y político bajo un discurso totalizante a la hora de plantear las demandas, además de ratificar el peso de los trabajadores para convocar a la movilización (Pizarro, 1986, p. 142). Si bien hay coincidencia en que este paro fue un éxito en términos de convocatoria, las consecuencias políticas estuvieron lejos de serlo: resquemores y reproches internos, principalmente por el debate en torno a la extensión del paro (acotado *versus* indefinido), persecución y detención de dirigentes, arrestos masivos de sindicalistas y relegaciones (Vallejos, 2022). El tercer paro nacional, desarrollado el 9 de enero de 1956 en el marco del estado de sitio impuesto por Ibáñez del Campo, va a cerrar un ciclo huelguístico que se volverá a abrir con mayor ímpetu al iniciar la década de 1960, bajo la administración de Jorge Alessandri. Volveremos a ello más adelante.

La confluencia y la retroalimentación entre clase trabajadora e izquierda volvió a confirmarse después del tercer paro nacional. De alguna manera, las acciones comunes propiciadas por la cut habían favorecido la concreción de los esfuerzos e iniciativas que intentaban conformar una alianza entre los partidos de izquierda. En un momento en que la Central estaba debilitada tras el desgaste y las discusiones en torno a la extensión del paro nacional, la unidad a través de una orgánica política sirvió, esta vez, de puente y acercamiento. En febrero de 1956 fue anunciado el surgimiento del Frente de Acción Popular (frap), coalición política que reunió al pc, el Partido Socialista Popular, el Partido Socialista de Chile, el Partido Democrático del Pueblo, el Partido Democrático y el Partido del Trabajo. Su programa recogía la plataforma política de la izquierda y apuntaba a restaurar las libertades públicas y sindicales y a profundizar el proceso de democratización, poniendo fin al latifundio e impulsando la reforma agraria, la nacionalización de los recursos naturales y la independencia económica respecto a los países centrales, principalmente Estados Unidos (OCEPLANA y b).<sup>5</sup>

5 Sobre el desarrollo político estratégico de la izquierda chilena desde 1956 ver, por ejemplo (Casals, Corvalán)

En la Segunda Conferencia Nacional de la cut, realizada en febrero de 1957, la mayor parte de los delegados estuvieron de acuerdo en generar una alianza, propuesta por el Partido Socialista Popular, para fortalecer el frap con miras a las elecciones parlamentarias de marzo y, por supuesto, las presidenciales. Y aunque la Central no se pronunciaría oficialmente, sus dirigentes nacionales y locales se comprometieron movilizando a las bases en actividades de propaganda. El poder de movilización electoral de la cut puede ponderarse en la decisiva elección presidencial de 1958, favorecida, sin duda, por el liderazgo de Salvador Allende como candidato del frap dentro de la clase trabajadora.

Unos meses antes, en octubre de 1956, en una masiva marcha y concentración “Por el pan y la libertad”, organizada por la Central en contra del gobierno junto a los partidos del frap, el Partido Radical y la Falange, Juan Lamatta, secretario general de la cut Provincial de Santiago y de reconocida militancia comunista, señaló ante la multitud:

Nadie puede acusarnos de intervención electoral y de abandonar nuestra independencia como organización sindical si expresamos nuestra decisión de que el próximo parlamento tenga una nueva fisonomía más popular [...] no debe ser considerada como un apoyo a partido político determinado, sino como la expresión de todos los trabajadores que reclaman cambios para el mejoramiento de sus condiciones de vida y el progreso del país. (*El Siglo*, 26/10/1956, p. 4)

El propio Clotario Blest, que hasta entonces intentaba defender cierta autonomía y balance entre las disputas internas, manifestó su posición apoyando públicamente a Salvador Allende. Para ello usó la tribuna más relevante de los trabajadores. El 1º de mayo de 1958 expresó que, si bien entre estos debía primar el componente unitario por sobre las militancias, era importante canalizar las demandas a través de otras orgánicas de clase:

Los trabajadores deben actuar en la vida cívica del país a través de los organismos políticos de acuerdo con sus convicciones y simpatías y deben llevar a aquellos hombres de su clase que



mejor los interpreten y defiendan sus intereses de clase, conjugándolos con los generales de la colectividad. Lo contrario, sería hacerle el juego a la Derecha Económica que exclusivamente ha legislado y legislará contra el pueblo y la clase trabajadora. (*El Siglo*, 02/05/1958, p. 9)

De esta manera, hay coincidencia en interpretar la elección presidencial de 1958 como una coyuntura que visibilizó el paso a la izquierda de la sociedad chilena y una creciente conciencia política que sostenía demandas de mayor alcance (Borón, 1975). Ello es visible no solo por el aumento de su capital electoral, con un crecimiento a la votación de Allende que pasó de 5,45 % (51.975 votos) en 1952 a 28,85 % (354.493 votos) en 1958, que lo tuvo muy cerca de conseguir la presidencia, si no por la movilización política y la red de organizaciones de clase que le acompañaban y que eran el sustento de la campaña. No es casual que las comunas con predominancia trabajadora votaran por el candidato del frap en un porcentaje superior al nacional. Allende tuvo ventaja en los barrios obreros urbanos y en zonas de trayectoria minera y reivindicativa (salitre, cobre y carbón), como las provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama, Coquimbo, Arauco y Magallanes (Petras y Zeitlin, 1969; Fernández, 2015).

### **La lucha por las libertades públicas: no solo es la Ley Maldita**

Entre varias condiciones restrictivas que se pueden discutir a la hora de analizar los obstáculos para la construcción democrática chilena durante el siglo xx está el impacto de las leyes represivas en la vida política y social del país. No es menor que durante diez años estuviese vigente la llamada Ley Maldita, en virtud de la cual se exoneró a los comunistas del sector público, se borró de los registros electorales a aproximadamente 30 mil votantes, además de las diversas persecuciones, intimidaciones y castigos que debieron sufrir sus militantes o quienes levantaran sospechas de serlo. Pero el fantasma del comunismo tenía también el rostro de los trabajadores organizados y en esto se ha insistido menos. Bajo la ldpd se prohibió el

derecho de sindicación a las personas que incurriesen en alguno de los múltiples delitos que estipulaba la ley y se extendió la prohibición del derecho de huelga a nuevos sectores. Dispuso, asimismo, de severas sanciones, como relegaciones a lugares apartados del país, despidos y cárcel, y entregó poder a la policía política de Investigaciones para intervenir en las directivas sindicales (Álvarez, 2020; Martínez, 2019; Huneeus, 2009).

Y aunque su derogación fue una de las banderas de la campaña presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, durante su mandato la utilizó recurrentemente. Aún más, después del segundo paro nacional de 1955, la nutrió con decretos complementarios, como el Decreto n°4161 llamado Yáñez-Koch, que intervino expresamente en la vida sindical prohibiendo la elección de dirigentes que tuviesen condenas o antecedentes por atentar contra las disposiciones de la ldpd, es decir, que hubiesen participado en huelgas y paros nacionales o sido detenidos en movilizaciones. Por lo demás, la Dirección del Trabajo, si lo juzgaba necesario, podía encargar a un funcionario público la administración y la inversión de los fondos sindicales. Bajo este decreto quedaron inhabilitados alrededor de cuatro mil trabajadores tras la intervención de la policía política, que debía aprobar previamente las listas sindicales (Martínez, 2019).

Durante esos años no fue extraño que el 1° de mayo se conmemorase en ciudades militarizadas bajo decreto de zona en estado de emergencia ni que las Fuerzas Armadas, la Policía de Investigaciones y Carabineros se acuartelasen para prepararse contra la subversión obrera. Dirigentes nacionales de la cut y de base, incluso por años consecutivos, no pudieron marchar o participar en el acto central por estar detenidos o relegados en zonas apartadas del país. No solo Clotario Blest fue apresado, procesado y relegado en diversas ocasiones, muchísimos otros, además de ello, fueron despedidos de sus puestos de trabajo acusados de subversión. Los archivos del Ministerio del Interior de aquellos años están repletos de acusaciones y disposiciones en virtud de la ldpd.<sup>6</sup>

6 Sobre la aplicación de la LDPD a los trabajadores y dirigentes del movimiento cuprífero de 1956. Fondo Ministerio del Interior (FMINT), Correspondencia, vol. 16030. Ver también la información sobre medidas en virtud de la ley a intendentes, gobernadores y alcaldes en mayo de 1954: Circulares, vol. 15604, N°28 y N° 29.

Por ejemplo, el 1º de mayo de 1956, la directiva de la cut se encontraba detenida en la cárcel pública<sup>7</sup>. Llevaban cuatro meses presos. Además, desde septiembre de 1955 a febrero de 1956, las provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama, O'Higgins y Concepción fueron declaradas bajo estado de sitio, en virtud de la existencia de diversas huelgas, catalogadas como actividades sediciosas. Desde la primera noche se intensificaron las detenciones, que alcanzaron a 51 dirigentes de la cut, y se allanaron sedes sindicales y medios de comunicación, redada donde fueron detenidos los directores de los diarios *El Espectador* y *El Siglo* y periodistas de *Las Noticias de Última Hora*. El campo de prisioneros de Pisagua, símbolo material de la persecución durante Gabriel González Videla, fue reabierto para prisioneros mayoritariamente de la zona centro. Además, se destinaron localidades de Maullín y Río Negro como centros de reclusión para los detenidos entre las provincias de O'Higgins hasta Llanquihue, mientras que Tierra del Fuego y la Isla de Navarino fueron designadas para los prisioneros de Chiloé, Aysén y Magallanes (*Clarín*, 7/01/1956, p. 6 y 9/01/1956, p. 5; *El Mercurio*, 8/01/1956, p. 33; *El Riel*, 01/1956, p. 2; *El Siglo*, 9/01/1956, p. 1). Después de la revuelta popular de abril de 1957, se acusará nuevamente a los trabajadores organizados de acciones que constituían infracciones a la Ley de Defensa de la Democracia. Los tribunales tramitaron rápidamente procesos que condenaron a penas de relegación a Clotario Blest, Baudilio Casanova, secretario general de la cut, y Juan Vargas Puebla, su tesorero. Fue la tónica de estos tiempos (*Noticias de última Hora*, 1/05/1957, p.12).<sup>8</sup>

Comprendemos que el problema para los trabajadores, como ha señalado Jorge Barría, no podía ser la demanda meramente sindical, sino que esta se trasladaba también al terreno de las libertades públicas, mermadas por las acciones del gobierno y las fuerzas represivas (70). El conflicto laboral entrañaba indisociablemente

7 Se encontraban detenidos los dirigentes Clotario Blest, Manuel Collao, Baudilio Casanova, Isidoro Godoy, Juan Vargas, Julio Alegría, Bernardo Araya, Ramón Domínguez, Héctor Durán, Luis Figueroa, Carlos Matus y René Reyes.

8 En el Congreso, días semanas después e la revuelta, Salvador Allende, actualizaba y denunciaba la nómina de 60 trabajadores y dirigentes relegados a Curepto, que incluía menores de edad (Senado, Legislatura extraordinaria, sesión 12<sup>a</sup>, 17/04/1957, 357-360).

una amplia lucha política por la democratización social. En este sentido, la bandera de las libertades públicas levantada tempranamente, desde la promulgación de la ldpd, sobre todo por el pc, parte de los socialistas y organizaciones de trabajadores, fue retomada por la cut hasta conseguir su derogación en los últimos meses del gobierno de Ibáñez. Esta exigencia resonaba en discursos, pliegos petitorios, consignas y letreros de un movimiento popular con demandas compartidas (Álvarez, 2020).

Durante el período hubo diversas instancias articuladoras, como la conformación de comités y campañas en pro de las libertades públicas, en que la cut, junto a la fech y el Frente del Pueblo –posteriormente el frap–, convocaron a concentraciones, marchas y encuentros territoriales. Espacios como teatros populares, en que solían encontrarse los sectores movilizados, como el Caupolicán o Sicchel en Santiago o el teatro Avenida en Valparaíso, acogieron muchas de esas actividades. En estas tribunas, además de apuntar al gobierno de turno, los fogosos discursos acusaban las medidas económicas por las que sufría la clase trabajadora en el marco del “tutelaje” de Estados Unidos sobre el país, responsable de muchos de los males que les aquejaban. (*Las Noticias de Última Hora*, 14/03/1954, p. 16; *El Siglo*, 15/03/1954, pp. 1 y 8.)

La alianza obrero-estudiantil, en particular entre la fech y las ramas juveniles de las organizaciones de asalariados, fue bastante activa durante el período a través de diversas movilizaciones por las libertades públicas y en contra de la carestía. El apoyo entre ambas orgánicas se retroalimentaba constantemente. Por ejemplo, durante el mes de mayo de 1955, entre diversos conflictos destacó el caso de trece estudiantes peruanos que llegaron al país en busca de asilo político de la dictadura de Manuel Odría. No obstante, el gobierno decidió negárselo acusando que se trataba de jóvenes comunistas y, por tanto, que debía imperar la ldpd. La decisión fue transmitida por el subsecretario del Interior, Carlos Ferrer. Los estudiantes chilenos, a través de la fech, iniciaron intensas movilizaciones en solidaridad y protesta contra lo que consideraban un “atentado contra la independencia democrática chilena”. Desde el 31 de mayo comenzaron un paro indefinido, al que se plegaron secundarios y estudiantes industriales. Fueron semanas marcadas por marchas, pronuncia-



mientos y diversas movilizaciones en el centro de Santiago (*El Debate*, 28/05/1955, 16; *El Siglo*, 01/06/1955, 1, 02/06/1955, 8 y 03/06/1955, 3; *Las Noticias de Última Hora*, 02/06/1955, 3; 03/06/1955, 16; 3 y 06/06/1955, 7).

En esa coyuntura, la CUT y la FECH emitieron una declaración pública en que anunciaron la conformación de un frente unido contra la carestía de la vida, por la derogación de las leyes represivas y la expulsión de Carlos Ferrer del Estado (*El Siglo*, 5/06/1955, p. 8). A este anuncio se sumaron gremios como los obreros de la construcción y los estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso. El 5 de junio se realizó una concentración conjunta entre la CUT y la FECH en Plaza Vicuña Mackenna. En esta concentración, según *Las Noticias de Última Hora*, los dirigentes lanzaron ataques verbales hacia Ibáñez, a quien “responsabilizaron de la gravedad de los momentos por que atraviesa Chile”. Clotario Blest, en representación de la CUT, declaró: “Esta es la hora de Chile y en esta hora decisiva para el país, ni estudiantes ni trabajadores perderemos ni un milímetro. A Ibáñez le podemos perdonar su incapacidad para gobernar, porque es un hombre caduco, pero no se le puede perdonar que se rodee de inmorales” (*Las Noticias de Última Hora*, 05/06/1955, 12).

Además, convocaron juntos a un desfile de antorchas por el centro de Santiago y protestas de desagravio frente a La Moneda, que incluyó carros alegóricos y la teatralización de un juicio popular al subsecretario del Interior (*El Siglo*, 5/06/1955, p. 1 y 8).

En mayo de 1958, a pocos meses de entregar el mando, el Ejecutivo presentó *con suma urgencia*, ante el parlamento, el proyecto de Ley de Seguridad Interior del Estado con que se justificaba la derogación de la ldpd. A excepción de la derecha, gran parte de los legisladores coincidían en dos puntos: no había servido para eliminar el comunismo, aunque sí había sido el mejor medio del que dispuso el gobierno para reprimir al movimiento sindical y perseguir a las organizaciones obreras. Después de intensos debates, modificaciones y negociaciones entre el Parlamento y el Ejecutivo, el 2 de agosto fue promulgada la Ley de Seguridad del Estado, Ley N° 12.927. Si bien, como señala Carlos Huneeus, era un avance con respecto a la vida política de los comunistas, la legislación que finalmente se aprobó y sustituyó a la Ley Maldita “mantuvo limitaciones a los dere-

chos de los trabajadores y a la libertad sindical, lo que constituyó un legado negativo en la legislación laboral chilena, que dañará las relaciones capital-trabajo, con efectos perjudiciales en los posteriores años de la democracia" (353). Pero la demanda en favor de las libertades públicas y el derecho a ocupar las calles para reunirse, marchar y manifestarse continuará cada vez con más fuerza en la década siguiente.

### **¡A marchar! contra las alzas y por los reajustes**

La intensificación de la lucha reivindicativa con macro y micromovilizaciones tanto al interior de los lugares de trabajo como en el espacio público obedecía también al descontento social provocado por la inflación. El sostenido incremento de productos sensibles de la canasta básica, como el pan, la leche y la carne, así como el aumento de arriendos, tarifas del transporte, electricidad y agua, agudizaba el conflicto entre capital y trabajo año a año a la hora de enfrentar el reajuste de sueldos y salarios.

Ante esto, numerosas marchas y concentraciones fueron convocadas por los llamados "Comandos contra las alzas y la especulación", activos desde la década de 1940, en que participaban trabajadores, estudiantes, pobladores y asociaciones de dueñas de casa. Después de la división de la ctch en 1946, la fech asumió un papel protagónico como ente articulador, junto al Comité Unitario, que trabajaba para conformar la cut. También se desarrollaron diversas iniciativas locales, como encuentros semanales o la edición de periódicos, como *Hambre*, editado en Illapel entre 1951 y 1952 por el comando de la zona.

A inicios del período de Carlos Ibáñez del Campo, el Frente del Pueblo, liderado por Salvador Allende, convocó en diversas ocasiones a concentraciones contra "las políticas alcistas" en teatros populares y plazas públicas. También la cut organizó un comité provincial contra la carestía de la vida en 1954, específicamente para trabajar en los barrios y organizar actos de carácter público (*Las Noticias de Última Hora*, 22/03/1954, p. 6). Estas actividades eran precedidas por profusas acciones de propaganda previas, o también llamados



actos preparatorios, que se organizaban a nivel local, comúnmente después del horario de trabajo, y que contaban con la presencia de oradores locales acompañados de un parlamentario de izquierda. Estos encuentros servían para agitar los ánimos, desarrollar argumentativamente los diversos puntos que estaban levantando las organizaciones y generar conciencia entre la población en torno a la posición de la izquierda ante la coyuntura, pero también como mecanismo de educación y socialización política, con el fin de fortalecer el debate y la reflexión colectiva.

Usual durante el período era la convocatoria para concentrarse en distintos puntos de la ciudad, según la zona de trabajo o la ubicación del local de la organización, para salir marchando hacia la concentración. Ello implicaba que la ciudad era “ocupada” ampliamente, lo que terminaba por generar un hecho político y un hito urbano, que lograba cambiar la configuración del día y el tiempo, convirtiéndolo en algo extra-ordinario. Los trabajadores en Santiago optaron mayoritariamente por la plaza Artesanos, la plaza Vicuña Mackenna y Ercilla como puntos para reunirse; en Valparaíso se encontraban en la plaza O’Higgins, el muelle Barón y la Aduana.

Durante la gestión de Ibáñez del Campo hubo en particular dos coyunturas de crisis económica en 1954 y 1955, cuando la inflación se disparó hasta alcanzar 71 % y 84 %, respectivamente. La propuesta por parte del gobierno para controlarla solo profundizó el conflicto. Ibáñez del Campo contrató una misión de expertos extranjeros llamados Klein & Sacks, que propusieron una mayor apertura económica, un ajuste de corte monetarista y el abandono parcial del impulso interventor del Estado. En términos salariales planteaban reducir drásticamente, hasta eliminarlos, los reajustes automáticos anuales, además de reducir el gasto en jubilaciones y asignaciones familiares (Rodríguez, 2017; Misión Klein & Saks, 1958).

Los planes operativos del nuevo proyecto, rechazados por la izquierda, activaron tempranamente gran cantidad de movilizaciones. Como contrapropuesta a las disposiciones de la misión norteamericana, la CUT argumentaba que la política económica para salir de la crisis debía contemplar la creación del salario vital obrero, la estabilidad laboral, la sindicalización campesina, la reforma agraria, la nacionalización de los recursos naturales y los bancos, la

racionalización de la administración pública y una reforma integral del sistema tributario y de previsión social (*El Siglo*, 18/11/1955, p. 4; *El Riel*, Nov/1955, p. 8). En definitiva, se trataba de medidas para profundizar el proceso de democratización del país.

Con el objetivo de presionar al gobierno para el retiro del proyecto, las primeras protestas y huelgas fueron encabezadas por empleados fiscales, ferroviarios, eléctricos y obreros del cuero y el calzado. Es en este marco donde debemos situar el paro nacional de enero de 1956. No obstante, diversas circunstancias represivas y discusiones internas obstaculizaron su desarrollo y jugaron en contra de su éxito. En términos generales, hay consenso a la hora de su evaluación negativa. Se cerraba un ciclo de manifestación social bajo el liderazgo de los trabajadores y su convocatoria centralizada, pero el descontento contra el alza sostenida de los alimentos y su impacto en los llamados *sueldos de hambre* continuaba. La retroalimentación con el frap a partir de 1956 permitirá seguir sumando protagonismo en las calles y asambleas del país.

La primera gran concentración convocada por los partidos del frap, junto a la cut, se logró concretar el 25 de octubre de 1956, a la que se sumaron los radicales, el Partido Democrático, la fech, organizaciones femeninas a través del Comité Nacional Femenino de Unidad y comandos de pobladores. Los agravios se acumulaban con las alzas, los sueldos y salarios depreciados y las leyes represivas, pero el principal motivo era la indignación ante una nueva masacre en la zona del salitre. En el contexto de una huelga de trabajadores, el 17 de septiembre dos obreros habían sido asesinados, más de treinta resultaron heridos y otros tantos detenidos en la oficina salitrera de Pedro de Valdivia. Las imágenes de los niños huérfanos y las mujeres que habían quedado viudas acompañando el cortejo por la pampa aumentaron la indignación que recorrió al país (*El Siglo*, 19/09/1956, p. 1.).

Puntualmente, a la hora de la convocatoria, distintas columnas salieron disciplinadamente hacia plaza Artesanos. Estudiantes universitarios, secundarios e industriales se convocaron en el local de la fech; los empleados particulares partieron desde su local en el centro y la cut en plaza Vicuña Mackenna, en el centro de Santiago, junto a diversas organizaciones. Una red de parlantes ubicados en



el trayecto de la marcha informaba de los pormenores y animaba a los asistentes, al igual que las bandas de música y conjuntos artísticos a bordo de camiones decorados para la ocasión. También hubo antorchas, fuegos artificiales y voladores proyectados por jóvenes en el puente Recoleta. La prensa destacó la gran cantidad de banderas chilenas, lienzos y motes, algunos de los cuales rezaban: “Salga a ver mi Coronel, el país no es un cuartel”; “En la casa no hay ni pan y el gobierno plan y plan”. (*El Siglo*, 26/10/1956, p. 5)

Entre los oradores destacó el discurso de Salvador Allende, que pronunció sus palabras con una solemnidad acorde a la de un tribunal popular: “No nos hemos reunido aquí solo para protestar. Nos hemos reunido para castigar moralmente al régimen del presidente de la República. Frente al tribunal del pueblo, acuso de haber violado los derechos sindicales y las libertades públicas, de haber hambreado a las clases populares” (*El Siglo*, 26/10/1956, p. 5). Clotario Blest también apuntó hacia el crimen de los trabajadores del salitre y las políticas represivas, y animó a los presentes: “hay que amarrarse los pantalones y salir a la calle porque el pueblo gana mejores batallas en la calle” (*Noticias de Última Hora*, 26/10/1956, p. 5).

Esa vez era una marcha y una concentración, meses después sería una rebelión popular que pocos “vinieron venir”. El alza del transporte fue la gota que rebalsó el vaso, tal como había sucedido apenas ocho años antes, en agosto de 1949. En abril de 1957 los estudiantes de Valparaíso y Santiago, junto a trabajadores, profesores, dueñas de casas, cesantes, tomaron las calles para marcar el límite de lo que estaban dispuestos a aguantar (Thielemann, 2023; Milos, 2007). Los blancos predilectos de sus ataques fueron los microbuses del transporte público, las garitas, los vidrios de bancos, locales comerciales y pancartas publicitarias. Piedras y fuego, por un lado; disparos, gases y golpes, por el otro. La llamada Batalla de Santiago fue una revuelta popular que no se puede comprender sin la organización y la socialización del descontento previo. Pero las demostraciones de descontento tampoco terminarían ahí; las energías movilizadoras de aquel entonces serían canalizadas por el frap y su lucha por alcanzar posiciones en la estructura legislativa y ejecutiva.

Durante la administración de Jorge Alessandri, también llamado “el gobierno de los gerentes”, repuntó la combatividad de los trabajadores y la cantidad de huelgas, que pasaron de un promedio de 198,8 durante la presidencia de Ibáñez a 350,6 con Alessandri (Zapata, 1986; Pizarro, 1986). Pero no solo se trataba de una cuestión cuantitativa, sino que, además, el conflicto laboral desbordó la institucionalidad y las huelgas consideradas ilegales sobrepasaron por lejos en número a las realizadas bajo el marco legal. Los cauces políticos para los sectores movilizados o que recién se incorporaban se entroncaban a la lucha reivindicativa, la organización sindical y la participación en las filas de la izquierda. Un pulso de esto lo encontramos en octubre de 1960, cuando la editorial del diario *El Mercurio*, portavoz de la derecha, alertaba sobre la propagación de “la politización de la vida nacional, mentalidad clasista y prejuicio contra el régimen” en distintas esferas de la vida chilena, “incluida la académica”. (*El Mercurio*, 26/10/1960, p. 3)

En continuidad con su predecesor, la política laboral de Alessandri fue negativa hacia las demandas de los trabajadores, de convicción antiestatista y en favor de la empresa privada. Su proyecto de modernización capitalista requería la apertura de los mercados, incentivar la inversión extranjera, la instauración de un tipo de cambio único y el control de la inflación vía control de los sueldos y salarios y disminución del gasto público. En definitiva, implicaba traspasar los costos del equilibrio económico a los bolsillos de los trabajadores. Por ejemplo, en el mes de diciembre de 1959 se registró 38,6 % de inflación, pero, según el programa gubernamental, el reajuste salarial debía hacerse recién en junio del siguiente año. Ante las presiones, y como un gesto de buena voluntad hacia los trabajadores, el gobierno decidió adelantarla para el mes de marzo, pero anunció un reajuste de 10 % apenas, lo que estaba muy lejos de ser igual al alza del costo de la vida. Como respuesta, proliferaron las concentraciones y micromovilizaciones en diversas plazas públicas, marchas y enfrentamientos en el centro de las ciudades. Fue la tónica de esos meses, con heridos y detenidos como correlato (*Clarín*, 06/10/1960, 16; *Las Noticias de Última Hora*, 11/10/1960, 4, 16/10/1960, 4).



En noviembre de 1960 se realizó el cuarto paro nacional de la CUT y el primero de ese nuevo ciclo. Su convocatoria fue por la represión con que respondió el gobierno a la “Marcha por los reajustes” y en apoyo a la Revolución cubana, convocada por esta organización, que terminó con dos trabajadores muertos en el centro de Santiago. El 3 de noviembre de 1960 la CUT había llamado a manifestarse en plaza Artesanos y los trabajadores llegaron al acto central en cuatro marchas que partieron, después del trabajo, desde distintos puntos de Santiago para converger en dicha plaza a las 19 horas. Si bien las trayectorias de las marchas habían sido establecidas y aprobadas por la Intendencia con anterioridad, durante el trayecto comenzaron a caldearse los ánimos en altercados con carabineros, que impedían movilizarse por rutas distintas a las autorizadas (Bravo, 2020). A juicio de los trabajadores, las calles eran suyas, por lo tanto, tenían todo el derecho a marchar por donde considerasen conveniente y significativo. Estas confrontaciones se registraron tanto en la columna que partió desde la zona oriente como en la columna sur. *El Mercurio* reportó, denunciando a quienes desobedecían las órdenes:

Otro tanto pretendieron realizar los componentes de la otra de las columnas procedentes del sector sur, que marchaba por la calle Lira al norte, pues al llegar a la Avda. Bernardo O’Higgins trataron de infiltrarse hacia el sector céntrico obedeciendo invitaciones de uno de sus dirigentes, logrando la fuerza de Carabineros, después de largos esfuerzos, disuadirlos de tales pretensiones. (*El Mercurio*, 5/11/1960, p. 1)

Los ánimos venían enardecidos. Sin duda, los enfrentamientos previos habían alterado aún más las disposiciones de quienes habían logrado llegar finalmente a la concentración.

Esa tarde, Clotario Blest, ante más de cuatro mil trabajadores reunidos en la plaza Artesanos, pronunció uno de sus discursos más emblemáticos, en que muchos ubican la expresión clara de la radicalización política del sindicalista (Echeverría, 2013; Orellana, 2018). Escuchemos:

La clase trabajadora debe despertar de su sueño soporífero para levantarse en armas y repudiar a este gobierno. La mayoría de este país, los asalariados, los empleados y obreros y campesinos, que forman el 75 % de la población de Chile, somos capaces de derribar este gobierno reaccionario. Y ahora, en este gran mitin podremos proclamar que el pueblo de Chile comienza a despertar y que con los puños crispados estamos dispuestos al sacrificio y a librar la lucha callejera que dé el triunfo a la clase trabajadora [...] ¡Compañeros! ¡Hoy debemos comenzar nuestra acción combativa! ¡Todos, compañeros, debemos avanzar por las plazas, por las calles céntricas de Santiago para demostrar nuestro valor! (El Mercurio, 4/11/1960, p. 7)

Posteriormente, los oradores, pero principalmente Blest, fueron acusados de incitar a las masas y de promover la actitud exaltada con que prosiguió la marcha hacia el centro de Santiago una vez terminado el acto. No obstante, se trataba de “una actitud” presente en otras manifestaciones durante los meses anteriores, que también habían terminado con tensos enfrentamientos con las fuerzas del orden e incluso trabajadores heridos a bala. Si bien Blest, a nivel discursivo, podía estar más radicalizado, ese talante era parte del estado de ánimo que persistía entre los y las trabajadoras, y que daba cuenta de la radicalización política que se iba construyendo en plena calle bajo las banderas de la izquierda. En el plano de la lucha social se expresaba en la masificación de la protesta, la defensa del derecho a ocupar y construir el espacio político y el uso intensivo de formas de lucha consolidadas en las décadas anteriores.

Así, sin autorización previa, después del acto, los dirigentes encabezaron un desfile hacia la plaza de Armas. Alrededor de mil personas cruzaron el puente La Pirámide, la plaza Valenzuela, Ismael Valdés Vergara y la calle 21 de mayo. En el trayecto gritaban consignas y, según se reporta, algunos manifestantes lanzaron piedras contra edificios comerciales y automóviles. Al llegar a la calle Rosas se encontraron con carabineros que intentaban impedir el paso y que dispararon sus armas de servicio con ese propósito. Los manifestantes, no obstante, consiguieron pasar lanzando piedras y disolviéndose en pequeños grupos que se esparcían y volvían a concen-

trarse en distintos puntos del centro. Según la prensa, en medio del caos, los manifestantes habrían volcado unas camionetas e incendiado un quiosco de diarios en la esquina de 21 de Mayo con Rosas (*El Mercurio*, 04/11/1960, 1 y 25; *La Nación*, Santiago, 04/12/1960, 7). Más tarde se supo que las balas habían dado muerte a dos trabajadores, Roberto Valenzuela, de 34 años, y Vladimir Tobar, de 22 años, obrero municipal de San Miguel y militante del Partido Comunista. Hubo, además, más de treinta heridos a bala y decenas de detenidos.

Como en otros duelos de trabajadores, la cut convocó a un paro nacional de 24 horas para homenajear a las víctimas y concurrir a sus funerales y puso a disposición su sede para los oficios fúnebres. Una multitud se congregó disciplinadamente para acompañar a pie a los caídos hasta el Cementerio General. Al frente de la marcha mujeres obreras desplegaban la bandera chilena, a la que le seguían en orden los emblemas de la cut, el pc, el ps y las Juventudes Comunistas. Trabajadores y trabajadoras llevaban arreglos florales, seguidos lentamente por las carrozas fúnebres. Más atrás se ubicaron los dirigentes nacionales y provinciales de la cut, parlamentarios del frap, presidentes de federaciones y sindicatos obreros, dirigentes estudiantiles y de otros organismos.

La pelea por el uso de los espacios esa vez también transparentó la tensión que existía al interior de la propia izquierda: ¿seguir por los caminos autorizados o delinear los propios? Sin duda, esta pregunta entraña un profundo debate que recorrerá los años siguientes (Casals, 2010; Corvalán, 2018; Álvarez, 2020; Garrido, 2017; Moulián, 1982a y 1982b). Cuando la cabeza del desfile intentó romper el cordón policial que delimitaba los contornos autorizados para el paso del cortejo y marchar por las calles que consideraban más significativas –como el paso por la plaza de Armas– ocurrió un fuerte intercambio, que incluyó empujones entre los socialistas y Blest, por un lado, que proponían romper el cerco, contra representantes comunistas, como Luis Figueroa, secretario general de la cut, que aconsejaban ceñirse a las indicaciones de la autoridad y evitar problemas. Finalmente, la marcha continuó por la ruta previamente establecida.

Ya en el cementerio, Blest hizo referencia a los hechos en que fueron asesinados los trabajadores, haciendo un guiño implícito

a la polémica iniciada antes del cortejo: “Los trabajadores, cansados de someterse a los dictados de la Intendencia y del Ministerio del Interior, cuando indican las calles que debe usar el pueblo para sus desfiles, no aceptamos esa humillación y avanzamos a pesar de los carabineros que quisieron obstruirnos el paso” (*El Mercurio*, 8/11/1960, p. 1).

Como vemos, a contracorriente de las interpretaciones que en la actualidad ven a *la calle* como un lugar alternativo, autónomo o sustituto de la mediación de los partidos y/u organizaciones, e incluso de la participación electoral, la trayectoria de la izquierda y de la clase trabajadora se hizo *ganando las calles*, haciendo presencia, demostrando fuerza y número, ratificando una plataforma de lucha común y socializando demandas programáticas, coyunturales y globales. También es en esa relación con las autoridades y la represión donde se forjó parte fundamental de sus derroteros.

En octubre de 1962, ante una nueva oleada del costo de la vida, se conformó el Movimiento Nacional contra las Alzas (MNCA), integrado por partidos políticos de oposición, la CUT, la Confederación de Empleados Particulares (CEPCH), la Unión de Federaciones Universitarias (UFUCH), la Asociación Nacional de Pobladores, la Federación de Comerciantes Detallistas y otros gremios. Su presidencia fue asumida por Óscar Núñez, presidente nacional de la CUT. Se impulsó la creación de Comités contra las Alzas en distintos barrios del país, encabezados por sindicatos, organizaciones de masas y centros de madres. El Comité Femenino de la CUT, en particular, organizó asambleas para difundir prácticas e ideas para afrontar la carestía. *El Siglo*, 15/10/1962, 7; *Clarín*, 15/10/1962, 16; “*Las Noticias de Última Hora*, 14/10/1962, 15.) En su manifiesto se señalaba: “existe la idea, tanto en los gremios, partidos políticos, organismos de pobladores, centros femeninos, etc., de realizar un verdadero paro nacional el día indicado, para que en Santiago y en todas las provincias, a una misma hora, hombres, mujeres y niños salgan a la calle a condenar el alza de los alimentos, los arriendos, el vestuario, los medicamentos, etc.” (*Las Noticias de Última Hora*, 14/10/1962, 15.)



El MNCA proyectó múltiples mítines en el mes de octubre y una serie de marchas a nivel nacional en noviembre.<sup>9</sup> Una de las movilizaciones más significativas fue la concentración del 25 de octubre en la esquina de Dieciocho con Alameda, principalmente por el grado de politización reflejado y la represión por parte del Gobierno. Su objetivo también era expresar su solidaridad con la Revolución Cubana, en el marco del bloqueo impuesto por Estados Unidos durante la llamada Crisis de los Misiles (*El Siglo*, 23/10/1962, 1; *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 23/10/1962, 3, 24/10/1962, 3, 25/10/1962, 4.).

Lo hemos señalado, las acciones en plazas, barrios y poblacionales se activaban antes y durante una convocatoria de carácter nacional a través de distintas formas de lucha. Así, por ejemplo, fue el caso de la “Gran concentración contra el hambre, las alzas y por los reajustes” convocada por la CUT para el 19 de noviembre de 1962, movilización que sería acompañada por un paro nacional o retiro anticipado de labores (*El Siglo*, 15/10/1962, 7; *Clarín*, 15/10/1962, 16; *Las Noticias de Última Hora*, 14/10/1962, 15). En Santiago se caracterizó por la diversa expresión de hechos urbanos en diversos puntos que podemos observar gráficamente en el Mapa N°1: concentraciones en el centro de la ciudad y en diversas plazas, marchas que recorrieron la urbe, pronunciamiento de discursos en diversos escenarios y levantamiento de barricadas, fogatas y enfrentamientos en comunas como San Miguel, Macul, Renca, Quinta Normal y Barrancas (Bravo, 2020).

Siguendo una trayectoria previa, en cuanto a formas de reunión y ocupación del espacio público, se acordaron concentraciones en distintos puntos de Santiago para posteriormente llegar marchando hasta el acto central. El sector norte se reunió en plaza Artesanos, el

<sup>9</sup> En la ciudad de Santiago se anunciaron concentraciones en Santa Rosa con Uruguay (comuna de La Granja, el 20 de octubre), del gremio de la construcción en Compañía 1535 (21 de octubre), del gremio gráfico en Porvenir #342 (23 de octubre) y una asamblea conjunta del Comité Femenino de la CUT con las dueñas de casas, en Compañía #1535 (24 de octubre) (*Las Noticias de Última Hora*, 20/10/1962, 3.). A nivel nacional, según una lista publicada por *El Siglo*, las fechas estimadas para estas movilizaciones fueron las siguientes: 02/11: Antofagasta. 04/11: Curicó, Concepción, Lota, Curanilahue, Lebu y Cañete. 06/11: Arica, Iquique, Chuquicamata, Valparaíso, San Antonio, Talca, Linares, Cauquenes, Chillán, Los Ángeles, Angol, Temuco, Valdivia, Osorno, Puerto Montt y Coronel (*El Siglo*, 02/11/1962, 5).

sector sur en Avenida Matta con San Diego y la zona centro en Estación Central. Por su parte, los trabajadores y vecinos de Quinta Normal lo hicieron en plaza Tropezón y desde ahí salieron marchando. Su organización territorial se hizo presente desde temprano con manifestaciones en las calles de la comuna para impedir que circularan microbuses. Así informaba *El Siglo*:

Los habitantes levantaron barricadas en las calles San Pablo a la altura del 65, lugar denominado Puente Negro, José Joaquín Pérez y Mapocho. Grandes piedras, maderos y otros elementos fueron colocados sobre el pavimento. Hasta un camión quedó atravesado sobre las vías [...] se improvisaban mítines en los que hacían uso de la palabra improvisados oradores. (20/11/1962, p.4)

Antes del mediodía se inició en la plaza Tropezón de Quinta Normal la anunciada concentración contra las alzas, a la que asistieron más de treinta sindicatos de la zona. Más tarde, *El Siglo* acusó la provocación de una fuerza policial que llegó a dispersar el acto y “que detenía indiscriminadamente, golpeaba, violó domicilios, sin respetar a niños ni mujeres” (20/11/1962, p.4). En Quinta Normal hubo más de 60 detenidos y reportes de allanamientos y destrozos en casas obreras. También hubo barricadas y enfrentamientos a piedras con carabineros y autobuses en el sector de San Pablo, El Salto, la población Estrella de Macul y frente a la municipalidad de San Miguel.

Es importante considerar que las manifestaciones del periodo involucraban a la familia obrera. La reproducción de la vida no estaba disociada del mundo del trabajo o de las luchas nacionales, y ante una convocatoria centralizada además de los y las asalariadas, se plegaban mujeres de obreros, hijos, padres y abuelas, que más allá de la experiencia salarial directa, eran parte nuclear de la clase trabajadora (Bravo, 2017; Salgado, 2014). Su presencia, preferentemente inscrita en fotografías de la época y en fuentes que dan cuenta de la represión, ha sido mucho menos relevada por la historiografía del movimiento obrero.

También, en muchas de estas concentraciones, estaban presentes sectores no sindicalizados o que no militaban formalmente en

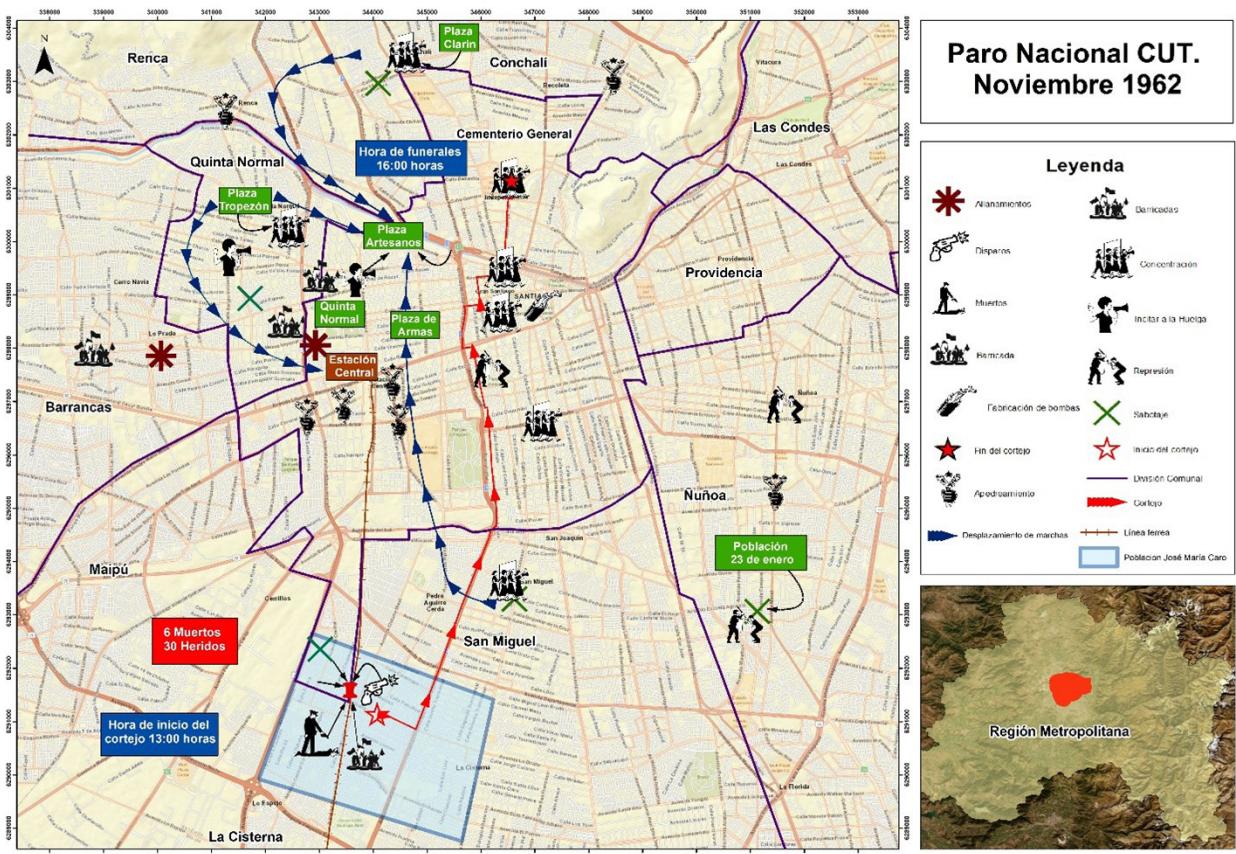


una organización política, pero que tenían una cercanía y afinidad con las banderas de la izquierda y las demandas de los trabajadores. Estos sectores, los más desfavorecidos del modelo desarrollista, comenzarán a manifestarse masivamente ante las convocatorias de las organizaciones de clase como la CUT o el FRAP. Para graficarlo podemos acercarnos a la zona sur de Santiago y lo ocurrido en la población José María Caro (JMC) y su actividad reivindicativa durante este paro nacional. La JMC ocupaba espacialmente un lugar estratégico ya que por su territorio pasaban los trenes que se dirigían desde la capital hacia el sur de Chile y viceversa. En contextos de movilizaciones para acatar o incentivar el llamado a paro, esa vía era obstaculizada por los vecinos.

Ese 19 de noviembre de 1964, desde muy temprano, los manifestantes pusieron durmientes en el cruce ferroviario Buenaventura para impedir el paso. Y aunque en diversas oportunidades fue enviado personal uniformado para despejar la línea del tren, los pobladores volvían a obstruirla. Relataba La Tercera: “*Unos cuantos centenares de hombres, mujeres y niños observan desafiantes la faena apresurada de soldados que se encarga de despejar el lugar. Los durmientes fueron colocados por hombres bien adiestrados, en las primeras horas de la mañana. La consigna era: el tren no debe pasar*” (20/10/1962,10). Por su parte, las fuerzas del orden regresaban con más refuerzos y en forma cada vez más violenta. La represión enardeció los ánimos. Continúa gráficamente el reportero:

“Los grupos se juntan y los músculos forcejean. Las culatas de los fusiles se hunden en la carne, y las exclamaciones maldicentes forman un coro infernal. De pronto, y desde muy atrás del grupo de civiles, llueve una andanada de piedras. Se escucha entonces, la voz de un oficial, que grita: ¡Fuego...! Una descarga salpica puntos acerrados de muerte. Los civiles huyen, el desbande es desesperado. Sin embargo, se siguen lanzando piedras. (...) Las balas, disparadas prácticamente a boca de jarrón, han alcanzado a muchos.” (La Tercera, 20/11/1962,11)

En esa jornada fueron asesinadas seis personas en lo que sería conocido como la “Matanza de la Población José María Caro”. Nemesio Barraza Sánchez, 28 años (comerciante ambulante), Jorge Daniel

Mapa 1: *Paro nacional de la cut, noviembre de 1962*

Fuente: Mapa elaborado por Imara Álvarez en el marco del proyecto  
FONDECYT/ANID N°11118035

Miranda, 28 años (comerciante Vega central), Elsa Ramírez Castro, 16 años (operaria), Hipólito Bravic Ivanovic, 35 años (pintor) y Ricardo Cubillos Quezada, 21 años (mecánico). Además, hubo 29 heridos a bala, la mayoría eran pintores, zapateros y obreros de la construcción, incluso había un niño de 8 años, baleado en el brazo. (Bravo, 2020). Como vemos, se trata de sectores que no podían acceder legalmente a la sindicalización pero que se plegaban y movilizaban ante una convocatoria de carácter nacional. También quedó demostrado en el cortejo fúnebre que acompañó los féretros desde la población al Cementerio General. Una masiva y compacta columna de cientos de hombres, mujeres y niños indignados cruzaron Santiago. El



séquito mortuorio nuevamente se inscribía en el tiempo histórico de otras luchas populares.

Entre los oradores que hablaron en el camposanto se encontraba el presidente de la cut, Oscar Núñez, entre otros dirigentes de partidos políticos, quien dijo:

La cut interpretó la inmensa amargura y desesperanza de los trabajadores y convocó al paro. Medida extrema pero necesaria. El pueblo reclamó su derecho a la vida, a tener alimentos, escuelas, trabajo. Por eso los pobladores de la jmc se volcaron para expresar sus esperanzas y fueron repelidos por carabineros (El Mercurio, 22/11/1962, p. 27).

Por su parte, Alfonso Cuevas, presidente del Comando de la Población José María Caro, tomó la palabra y desde un sentimiento de clase recordó lo sucedido y confirmó la continuidad de las luchas. Sus palabras nos entregan otro hilo para comprender la profunda imbricación y complicidad de los sectores no sindicalizados en las convocatorias de corte nacional:

Ese día nadie trabajó y los hombres, mujeres y niños transitábamos libre y tranquilamente por las calles. Este pueblo acudió hasta la vía férrea para sentarse en los rieles e impedir el paso de los trenes [...] sepan ustedes que si mañana la cut vuelve a llamar a paro ahí estaremos defendiendo al pueblo. (El Mercurio, 22/11/1962, p. 27)

Cada una de las dinámicas urbanas que se desarrollaron en ese paro, y en los años sesenta, significó ensamblar experiencia nuevas y antiguas de organización, confrontación e interpellación al poder dentro de un proceso antagónico de extensa trayectoria. La movilización social durante las décadas de 1950 y 1960 tuvo una orientación ideológica clasista que entrañó la confluencia y la retroalimentación entre el conflicto laboral y la lucha política. El desarrollo del movimiento sindical chileno estuvo íntimamente vinculado a la trayectoria política y la configuración programática de la izquierda.

## Conclusiones

Con o sin permiso, las calles y sus esquinas eran sentidas como un espacio colectivo para hacer política desde abajo, a ras de suelo; para encontrarse y construir una cultura e identidad política de izquierda. También era el pulso para saber y reconocer quién estaba y quién no, quién se escabullía y quién marchaba con orgullo y dignidad de clase. Quién aparecía solo en las convocatorias más mediáticas y quién estaba cotidianamente, con los dos pies en la calle. En ella, como percibía Salvador Allende, se reunía “el tribunal del pueblo”, (*El Siglo*, 26/10/1956, p. 5), donde se socializaban las consecuencias de la injusticia, los atropellos, la torta mal repartida; donde se construía ese *nosotros* que, desde su experiencia histórica, proyectaba un ideario y un horizonte de transformación. Solo desde esta comprensión es factible entender cuán familiares eran las demandas que conformaron el programa de la Unidad Popular y cuántas veces resonaron en consignas, pancartas y discursos durante las décadas anteriores.

Ese tribunal del pueblo impartió justicia de distintas formas. ¿Qué otra cosa era si no los juicios y funerales teatralizados en que muchos “enemigos del pueblo” fueron condenados a la horca? Ahorcados que, entre carnaval, pifias y tambores solemnes, recorrieron las calles y los cerros. El ajuste de cuentas también tomó la forma de piedras lanzadas contra las fuerzas del orden a la salida del cementerio o microbuses que no acataban el llamado a detener el tiempo de la producción. También contra quienes impedían el paso libre y faltaban el respeto a la decisión del pueblo. Tal como lo supo leer Clotario Blest, después de tanta concentración, relegación e insistencia, la calle era “el ring de los trabajadores” (*Noticias de Última Hora*, 26/10/1956, p. 16), un campo de batalla en que se expresaban las contradicciones y donde para ganar era imperativo demostrar fuerza y poder. ¡Y qué más que actuando poderosos y decididos! De ahí la resistencia a tener que pedir permiso o ceñirse a las trayectorias dispuestas por las autoridades a la hora de entrar a ese combate.

De esta manera, el derecho a la ciudad no significó solo el derecho al espacio para vivir y por el que se emprendieron importantes



y significativas batallas, como las tomas de terreno que florecieron con fuerza desde la década de 1950 en adelante, sino también la lucha por el derecho colectivo a ejercer la política en el espacio público y rebelarse contra la actitud hostil de las élites ante la participación y la organización popular.

La clase trabajadora fue un actor clave en el proceso de democratización chilena y la construcción de la *vía chilena al socialismo*, ligado no solo a la ampliación institucional de derechos políticos, sino a la conquista del espacio público, a la visibilidad de los trabajadores y la afirmación de su legitimidad como sujetos políticos. Los repertorios de movilización impulsados por la CUT, como paros nacionales, marchas y concentraciones trascendieron por mucho el marco sindical, atrayendo a trabajadores no sindicalizados y ampliando su base social de apoyo. En este sentido, es visible el crecimiento de la interpellación directa de lo político a través de la expresión de un conflicto que sobrepasa los límites de la fábrica o los espacios laborales, a través de la multiplicación de micromovilizaciones que se desarrollaban a nivel local y del aumento del volumen global de manifestaciones lideradas por la clase trabajadora organizada. Fueron sin duda, parte fundamental de la actividad política de la izquierda.

En este sentido, la masificación de la protesta, la politización, la participación y el encadenamiento de luchas que ocurre en las calles y los barrios fueron el correlato de procesos orgánicos y unitarios protagonizados por el movimiento popular a través de instancias de clase como la CUT, pero también sumando su adhesión a banderas políticas de izquierda que fueron ampliando el proceso de democratización social. La candidatura de Salvador Allende y la suma de su base de apoyo dieron cuenta de ello, en la medida que el dirigente socialista representó una alternativa fraguada en el campo popular. Su vinculación indudable, inscrita en una larga tradición, fue la fuerza que se expresó en un proyecto compartido y en una praxis política enlazada a la clase y a la definición de antagonismos y horizontes de transformación. Se trató del encuentro de experiencias históricas y nuevas que conformaron la cultura política de la izquierda chilena, que se reagrupó y fortaleció a través de organizaciones de clase, experiencias comunes y diversas formas de lucha.

## Referencias bibliográficas

- Álvarez, R. (2020). *Forjando la vía chilena al socialismo. El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*. América en Movimiento.
- Angell, A. (1974). *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile. De los orígenes hasta el triunfo de la Unidad Popular*. ERA.
- Acevedo, N. (2021). 'Ni hombres sin tierra, ni tierra sin hombres'. *Socialistas, politización campesina y propiedad de la tierra (Chile, 1932-1938)* (Tesis de doctorado, Universidad de Santiago de Chile).
- Acevedo, N. (2017). *Un fantasma recorre el campo: Comunismo y politización campesina en Chile (1935-1948)*. América en Movimiento Ediciones.
- Artaza Barrios, P. (2019). *Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912*. América en Movimiento Ediciones.
- Artaza Barrios, P. (2023). *Los sinuosos caminos de la politización popular en el norte salitrero. Historia social tarapaqueña, 1900-1925*. RIL.
- Barnard, A. (2017). *El Partido Comunista en Chile, 1922-1947*. Ariadna.
- Barría, J. (1971). *Historia de la CUT*. Prensa Latinoamericana.
- Barrera, M. (1971). Perspectiva histórica de la huelga obrera en Chile. *Cuadernos de la Realidad Nacional*, 9, 119–195.
- Borón, A. (1975). Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile. *Foro Internacional*, 16(1), 64–121.
- Bravo Vargas, V., y Loyola, M. (2022). Jóvenes comunistas contra la Ley Maldita. Protesta y resistencia en tiempos de González Videla. Chile 1947-1952. *Izquierdas*, 51.
- Bravo Vargas, V. (2022a). Santiago y la conquista de las calles: La Revuelta de la chaucha en agosto de 1949. En V. Bravo y C. Pérez (Eds.), *Huelgas, marchas y revueltas. Historias de la protesta popular en Chile, 1870-2019*. Fondo de Cultura Económica.



- Bravo Vargas, V. (2022b). ¡Ni fiesta ni congoja! El 1° de Mayo en tiempos de la Ley Maldita, Santiago de Chile, 1948-1958. En V. Bravo y M. Mastrángelo (Eds.), *La izquierda en movimiento: Clase trabajadora y luchas populares en América Latina: siglos XX y XXI* (pp. 151-187). CLACSO.
- Bravo Vargas, V. (2021). Lucha de calles en Santiago de Chile. Reflexiones en torno a la trayectoria de la protesta popular (1946-2019). En C. Santibáñez & L. Thielemann (Eds.), *Revueltas. Disturbios y lucha de clases en la metrópolis (Chile, siglos XX-XXI)* (pp. 43-62). América en Movimiento.
- Bravo Vargas, V. (2020). Clase trabajadora, izquierda y protesta urbana en la crisis del desarrollismo (Chile 1960-1962). En G. Necoechea & J. Pantoja (Eds.), *La rebeldía en palabras y hechos* (pp. 169-194). CLACSO/INAH.
- Bravo Vargas, V. (2017). Chile no va hoy a la fábrica: Protesta obrera y represión política en el verano de 1946. *Izquierdas*, 35, 199-232.
- Casals, M. (2010). *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”*. LOM.
- Corvalán, L. (2018). *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile: Izquierda, centro y derecha en la lucha entre los proyectos globales, 1950-2000*. América en Movimiento.
- Delgado, F. (2023). “¡Por qué somos anticomunistas!”. La organización sindical de los ferroviarios en Chile. Su génesis, desarrollo y comportamiento político partidista entre 1922 y 1948. *Cuadernos de Historia*, 59, 305-330. <https://orcid.org/0000-0002-9150-0275>
- Echeverría, M. (2013). *Antihistoria de un luchador (Clotario Blest 1823-1990)*. LOM.
- Fernández, J. (2015). Allende, el allendismo y los partidos. El Frente de Acción Popular ante las elecciones presidenciales de 1958. *Izquierdas*, 23, 157-190.
- Faúndez, J. (1992). *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*. BAT.
- Huneeus, C. (2009). *La Guerra Fría chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita*. Debate.

- Garrido, P. (2017). Un Frente de Trabajadores comandado por la clase obrera: El Partido Socialista Popular y las definiciones iniciales en torno a la política del Frente de Trabajadores, 1946-1957. *Izquierdas*, 35, 233-259. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492017000400233>
- Godoy, E. (2023). *Alzando el puño: Juan Segundo Montoya y la historia del anarquismo en Chile (1890-1988)*. Cúlmine; Eleuterio.
- González Díaz, D. (2015). *Estructura de oportunidades políticas y movimientos sociales. Treinta y cinco años de acción colectiva contenciosa en Chile (1938-1973)* (Tesis de magíster, Universidad de Chile).
- Grez, S. (2011). *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)*. LOM.
- Grez, S. (2007). *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*. LOM.
- Jobet, J. (1987). *Historia del Partido Socialista de Chile*. Documentas/Estudio.
- Loveman, B., & Lira, E. (2014). *Poder judicial y conflictos políticos (Chile: 1925-1958)*. LOM.
- Martínez, P. (2019). *Los casos de vulneraciones a la libertad sindical cometidas por Chile*. Ediciones Jurídicas.
- Massardo, J. (2008). *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren*. LOM.
- Milos, P. (2007). *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*. LOM.
- Moulian, T. (1982a). *Evolución histórica de la izquierda chilena: Influencia del marxismo*. FLACSO.
- Moulian, T. (1982b). *Líneas estratégicas de la izquierda: “Frentismo”, populismo, antireformismo. 1933-1973*. FLACSO.
- Muñoz, R. (2024). *Prácticas, experiencia y conflictos del sindicalismo socialista al interior de la CTCH, 1936-1946* (Tesis de magíster, Universidad de Santiago de Chile).
- Navarro, J. (2023). *Por la emancipación obrera. Clase, política, arte y entretenimiento en la cultura socialista-comunista en Chile, 1912-1927*. Planeta.



- Navarro, J. (2022). La calle es política: Movilización obrera en la ciudad y represión de la protesta. Santiago, 1905-1924. En V. Bravo y C. Pérez (Eds.), *Huelgas, marchas y revueltas* (pp. 117-147). Fondo de Cultura Económica.
- Orellana, P. (2018). *Clotario Blest en la CUT. Por la democracia de los trabajadores*. América en Movimiento.
- Petras, J., y Zeitlin, M. (1969). *El radicalismo político de la clase trabajadora chilena*. Centro Editor de América Latina.
- Pinto, J., y Valdivia, V. (2001). *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*. LOM.
- Pizarro, C. (1986). *La huelga obrera en Chile*. SUR.
- Ponce, J. I. (2024). “¡A la unidad sindical, por encima de doctrinas y de hombres!” La formación de la estrategia sindical del socialismo chileno en su etapa fundacional (1931-1936). *Divergencia*, 23, 53-90. <https://www.revistadivergencia.cl/articulos/a-la-unidad-sindical-por-encima-de-doctrinas-y-de-hombres-la-formacion-de-la-estrategia-sindical-del-socialismo-chileno-en-su-eta-pa-fundacional-1931-1936/>
- Pozo, C. (2013). *Orientaciones del movimiento obrero en Chile. Unidad sindical, antagonismo y reflujo (1952-1957)*(Tesis de maestría, Universidad Nacional Autónoma de México). <https://hdl.handle.net/20.500.14330/TES01000689566>
- Rodríguez, J. (2017). *Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009). Historia de su economía política*. DIBAM.
- Rojas Flores, J. (2022). *Años turbulentos. Los comunistas durante el gobierno de Gabriel González Videla, 1946-1952*. DIBAM.
- Salgado, A. (2014). La familia de Ramona Parra en la Plaza Bulnes: Una aproximación de género a la militancia política, la protesta social y la violencia estatal en el Chile del siglo. *Izquierdas*, 18, 128-145.
- Samaniego, A. (2016). *Unidad sindical desde la base. La Central Única de Trabajadores de Chile, 1953-1973*. Ariadna.

- Thielemann, L. (2023). 1957. *El proletariado invade Santiago*. Ariadna.
- Thielemann, L. (2019). La perspectiva parcial: El movimiento obrero frente a la política salarial del gobierno de Frei Montalva, 1964–1967. *Economía y Política*, 6(1). <https://doi.org/10.15691/07194714.2019.004>
- Thielemann, L. (2018). La rudeza pagana: Sobre la radicalización del movimiento obrero en los largos sesenta. Chile, 1957–1970. *Izquierdas*, 44, 114–133. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492018000700114>
- Thielemann, L. (2017). *La construcción de “la vía de los hechos”. La radicalización política del movimiento popular en los largos sesenta. Chile 1957-1970* (Tesis doctoral, Universidad de Chile).
- Valdivia, V. (2021). *Pisagua, 1948. Anticomunismo y militarización política en Chile*. LOM.
- Vallejos, F. (2022). ¿Táctica o estrategia? Una aproximación a la acción política no violenta en el movimiento de trabajadores en Chile. El caso de la huelga general del 7 de julio de 1955. (Tesis de magíster, Universidad de Santiago de Chile).
- Witker, A. (1984). El movimiento obrero chileno. En P. González Casanova (Coord.), *Historia del movimiento obrero en América Latina* (Vol. 4, pp. 73–143). Siglo XXI.
- Zapata, F. (1986). *El conflicto sindical en América Latina*. El Colegio de México.

### ***Prensa Periódica y Boletines***

- Clarín*, Santiago, 1956-1960-1962
- El Debate* 1955
- El Diario Ilustrado*, Santiago, 1954.
- El Mercurio*, Santiago, 1953-1956-1960-1962
- El Riel*, Santiago, 1955-1956.
- El Siglo*, Santiago, 1954-1955-1956-1958-1962.
- Ercilla* 1954
- Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 1954-1956-1962
- Las Noticias Gráficas* 1954



## Archivos y Documentos

ARNAD, Fondo Ministerio del Interior. Correspondencia, vol. 15625, N°1085, 1130, 1143 y 1147, N°1349 N°1038. 1954; Circulares, vol. 15604, N°12, N°28, N°29, 1954; Correspondencia, vol. 16030, 1956. Biblioteca del Congreso, Senado, Legislatura extraordinaria, sesión 12<sup>a</sup>, 17/04/1957, 357-360.

CUT. *Principios, Métodos de Lucha, Estatutos, Programa Inmediato. Ediciones CUTCH, 1953*

CUT, IV Congreso Nacional. Declaración de Principios, Santiago, 1966

CUT: Resoluciones del V Congreso Nacional Ordinario, Santiago, 1969

Frente de Acción Popular, *Un camino nuevo para Chile: el programa del Gobierno Popular*. Impresora Horizonte, s/f.

OCEPLANa. *Las primeras 100 medidas del Gobierno Popular*. Impresora Horizonte, 1964

OCEPLANb. *La estrategia del desarrollo del Gobierno Popular* por el Dr. Salvador Allende. Impresora Horizonte, 1964

Misión Klein & Saks. *El programa de estabilización de la economía chilena y el trabajo de la misión Klein & Saks*, Editorial Universitaria, 1958.

*Programa Básico de gobierno de la Unidad popular, Candidatura Presidencial de Salvador Allende*. Instituto Geográfico Militar, 1970